



FILMS



DE AMOR



Rosa de sacrificio



Núm.

35

25

CTS.

Juan de Orduña - Elisa Ruiz Romero



FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:

Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707

B A R C E L O N A

AÑO III

NÚM. 35

Rosa de sacrificio

Novela de amor y abnegación sin límites, estupenda creación de la bella

Elisa Ruíz Romero

Por MANUEL NIETO GALAN

.....
E X C L U S I V A

F. TRIAN, S. en C.

Consejo Ciento, 261 Barcelona

.....

REPARTO

Elisa Urbietta..... **Elisa Ruíz Romero**

Fernando Michelena.. **Juan de Orduña**

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

I

En la anchurosa planicie de un mar azulado, iluminado con las tenues luces del amanecer, un hermoso transatlántico se acercaba al puerto de Barcelona.

Después de una larga ausencia, coronada por el triunfo, Rocio Dalbaicín, gentil y celebrada cupletista española volvía de nuevo a su patria.

En la borda del vapor contemplaba inmóvil la inmensidad de la vista que ante ella se extendía, cuando se acercó un oficial del barco y le dijo, señalándole un punto todavía bastante lejos:

—Aquello es España, señorita.

La artista en boga dejó escapar un doloroso suspiro de su pecho y exclamó:

—¡Tierra mía!... ¡Mi hogar!

Quedó con la vista fija en el lejano horizonte, mientras que por su imaginación desfilaba nítidamente mil recuerdos que atormentaban su vida. Escenas de pesadilla y

dolor se reproducían ante ella, como si las estuviera viviendo en el momento.

—¡Dios mío!—murmuró cuando quedó sola otra vez—. ¡Dame la paz!... ¡Abreme las puertas de mi hogar y los brazos de mi padre!

Aquello último era el recuerdo más terrible de su vida. Desde hacía tiempo las puertas de su casa se habían cerrado para ella. Antes era simplemente Elisa Urbietta, pero después que abandonó la casa paterna para correr tras el misterio de un amor de aventura, su padre la repudió, sin que hubiera conseguido obtener su perdón.

Abandonada más tarde, por el miserable, y sin poder volver con su familia, optó por dedicarse a la canción y aunque la gloria le sonrió sin cansarse, la muchacha no podía olvidar las ternezas de su niñez, la tranquilidad de su pasado.

Entre tanto, en una casita de campo cercana a Valencia, un anciano velaba dolorosamente.

Era el coronel Urbietta, que encerrado en su despacho redactaba su testamento en la forma siguiente:

“Son dos mis hijas: Elisa y Aurora. Pero una sola heredará mi hacienda, puesto que también heredó mi alma y mi sangre. Para Aurora mi cariño y mis bienes, todo aquello

que es mío. De Elisa nada sé ni quiero saber nunca. Mujer loca que abandonó mi hogar y gobierna desde entonces su vida sin acatar mi voluntad de padre. Para ella mi olvido y cerradas las puertas de mi casa...

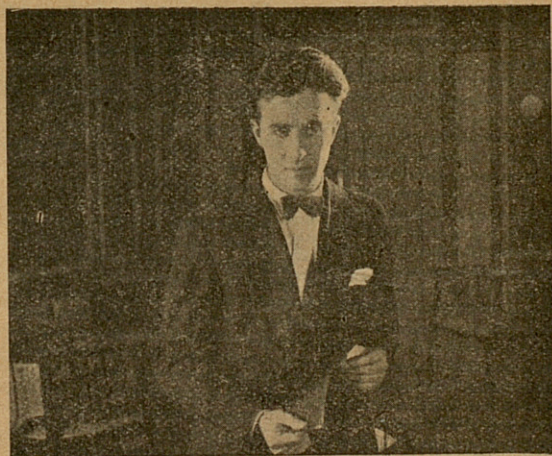
Quedó un momento extático, atormentado por la duda, luchando consigo mismo, seguro de que no sentía lo que escribía en aquellos momentos, puesto que, apesar de todo, su amor paterno le obligaba a perdonar a la hija descarriada.

Aquella misma noche, en Madrid, a la sombra del Museo del Padro, un viejo pintor y un joven chiquillo conversaban.

—Libre de mi tutela vas a vivir, Fernando —le decía el viejo—. Trabaja siempre con fe y que la bondad dulcifique tus horas de lucha... Se siempre buen hombre y cuida siempre de la ajena felicidad más que de tus dolores.

—¡Seré bueno, seré hombre!—respondió el muchacho emocionado por las palabras del profesor—. ¡Se lo juro!

El discípulo que así se despedía de su maestro era Fernando Michelena, joven artista, un muchacho huérfano que había acabado sus estudios en Madrid. Había pasado también alguna temporada en París, estudiando en los grandes museos el arte de la pintura y ahora iba a regresar a Barcelona



Fernando Michelena.

para comenzar a trabajar con fe. Pensaba también ir a un pueblecillo de Valencia donde había dejado algo hermoso y que interesaba extraordinariamente a su corazón: Aurora Urbietta, cuyas cartas le sirvieron de acicate en los tiempos de desfallecimiento.

En su vida de campo, lejos de todo ruido ciudadano, el coronel Urbietta vivía una sencilla y plácida existencia en unión de su hija Aurora y de su vieja hermana doña Jesusita, una solterona buena como un pedazo de pan.

A la mañana siguiente del día en que co-

mienza nuestra narración, al levantarse el coronel, después de haber adoptado una enérgica resolución, llamó a su criado Fidel, antiguo servidor, cuyos brazos fueron cunas de las niñas, a quienes amaba como si hijas suyas fuesen, y le dijo:

—Busca a mi hermana y dile que venga.

Quedó en el jardín esperando la llegada de doña Jesusita y en esto se acercó su hija y le dió los buenos días con un beso cariñoso, a la vez que le decía:

—Buenos días, papá.

Acarició éste los rizos cabellos de la pequeña y le preguntó, sonriendo:

—¿Qué hay en esa cabecita de pájaro, que tan contenta parece estar?

—Dime, papá—preguntó la muchacha—. ¿No es hoy cuando Fernando, digo el señor Michelena, había de llegar de Barcelona?

El coronel miró piscarescamente a su hija y respondió:

—¿El señor Michelena, digo Fernando?... ¡Ah, sí! Pero, ¿por qué he de estar yo mejor enterado que tú?... Yo no tengo con él correspondencia directa...

La chiquilla enrojeció como una rosa más de las que adornaban el jardín y bajó la vista avergonzada al ver que su secreto había sido descubierto por su padre. Era verdad, su mejor amigo, su novio, era Fernando. Se querían los dos sin habérselo dicho nunca,

pero con un silencio lo bastante elocuente para que se dieran cuenta de que mutuamente se amaban.

Fidel había encontrado a doña Jesusita y le dijo:

—Doña Jesusita; el coronel la busca.

Corrió la buena anciana al lado de su hermano y éste le dijo alegremente:

—¡Hermana! ¡Lo he pensado bien! ¡Y creo que mi mujer la hubiese perdonado! ¡Que vuelva!

—Pero, ¿dices verdad?—exclamó la anciana—. ¡Qué bueno eres! Gracias, gracias, hermano...

El coronel, agregó:

—Ayer lo hubiese dado todo por no verla nunca, y hoy todo lo daría por tenerla otra vez entre mis brazos. La perdono, hermana. ¡Por la memoria de su madre que hubiera perdonado también!... Me he enterado de su regreso de América, y no quiero que se encuentre forastera en su propio país, sin hogar donde cobijarse. Dentro de pocos días la mandaremos a buscar por Fidel.

Doña Jesusita sentía que los ojos se le anegaban de lágrimas, hasta el punto que su hermano hubo de decirle:

—No llores ahora tú, mujer. ¿O es que es este motivo de llanto? Alégrate, tontuela... Elisa va a venir.

Y la pobre mujer, que adoraba a su sobrina, rió entre lágrimas al pensar en el retorno de aquella ovejita que creía extraviada para siempre.

II

Durante su estancia en Barcelona, adonde le habían llevado algunos asuntos de herencia, Fernando Michelena, se hospedó en el hotel Ritz, donde también se hospedaba Rocío Dalbaicín, quien a los pocos días de su llegada a España comenzó a actuar en un teatro barcelonés, logrando el entusiasmo de las masas, electricizas con su arte soberano. El único lazo que la unía a su familia, el último refugio de consuelo que le quedaba era el notario, viejo confidente de los Urbieta, que vivía también en Barcelona.

Fué la primera visita que hizo Rosario a su llegada a la ciudad condal, para preguntarle por los suyos.

—¿Qué sabe de allá—le dijo—. ¿Cómo está mi padre? ¿Y Aurora... y tía Jesusita... y el viejo Fidel?

—Bien, Elisa, todos buenos ¡Como entonces!

—¡Qué alegría!... Pero ¿*nada más*? ¿No puede decirme *nada más*?—preguntó angustiosamente.

Ella había escrito varias veces pidiendo perdón por su falta, y un silencio doloroso había sido siempre la respuesta. El viejo notario sabía lo que ella había querido decirle con el “¿*nada más*?”, y le respondió, bajando la vista:

—¡Nada más!

Rocío se levantó dando por terminada la entrevista, y salió, segura de que siempre se encontraría sola en el mundo.

Pasaron los días y Fernando, en su cuarto del hotel, evocaba el recuerdo de su amiguita Aurora, cuya carta tenía en sus manos y que decía:

“...¿Cuántos días estará usted en Barcelona? No sé cuántos serán, pero ya son demasiado largos... Nuestra vida es ahora poco alegre... ¡Qué distintas estas veladas de aquellas en que venía usted!

“Y, la verdad, aunque usted se ría, no consigo olvidar la tristeza de nuestra despedida, cuando usted partió para comenzar sus estudios. Recuerdo que mi padre le dijo aquella noche en que vino usted a casa por última vez: “Hasta la vuelta, Fernando. Valor para el trabajo. Hágase hombre y acuérdesse un poco de nosotros”.

“Seguramente opina usted que soy demasiado sincera, pero así consigo que me comprenda usted, sin ser demasiado expresiva.”

Cuando Fernando terminó de leer esta carta, exclamó elegendemente:

—Definitivamente mi novia es una cosa seria—y pensó en marchar lo más pronto posible.

Entre tanto, en cierto club aristocrático de Barcelona, todas las noches las tertulias presentaban aspecto animadísimo.

Pepe-Luis Recalde, uno de los concurrentes al club. Parecía un hombre de turbulento pasado, cuyos viejos recuerdos le amargasen continuamente la vida. Solitario, apenas gustaba de la conversación, manteniéndose en el club en un aislamiento de enfermo. Además, había perdido mucho dinero y la sombra de la ruina parecía rodearle.

—Animo, Recalde—le dijo un amigo, dándole una amistosa palmada en la espalda—. Cuando conozcas a la Dalbaicín se te irá la llorona del dinero que te limpiaron en el “poker”.

—¿Y a mí que me importa la Dalbaicín?—contestó desdeñosamente—. ¿Quién es esa de quien tanto os oigo hablar?

Los amigos se echaron a reír al ver que no conocía a la artista de moda, y exclamaron a coro:

—Rocio Dalbaicín es la mujer más estúpida que pisa las tablas... Toma, para que veas lo que es una mujer guapa.

Le entregaron una revista en cuya portada



En cierto Club aristocrático de Barcelona...

aparecía el retrato de la artista, y Pepe exclamó, como herido por un rayo:

—¡Cómo!... ¡Elisa!... ¡Rocio! Pero, ¿es posible?

El Destino empeñado siempre en hacer de la vida de los seres simples peleles conque poder jugar a su gusto, le ponía nuevamente ante aquella mujer que él había engañado años antes y abandonado poco tiempo después.

Quedó durante unos momentos sumido en su pasado y recordó como había conocido

a aquella mujer. Fué en la huerta de Valencia. La requirió de amores y, ella, criatura inocente, se dejó arrebatar por la elocuencia conquistadora del mozo.

Después el amor... lo irreparable. Elisa se fugó de su casa y huyó con él. Vivieron juntos una temporada con el aturdimiento de los amores impetuosos, hasta que Recalde se cansó de ella y la abandonó.

Empezó a viajar por el extranjero, olvidando en el transcurso del tiempo aquella aventura, a la que nunca dió la menor importancia y, ahora, al volver de nuevo a España, aquella mujer se le aparecía, como para recordarle su pasada canallada.

Ante el retrato sintió el deseo de volverla a ver y le dijo a sus compañeros:

—Quiero que me la presentéis. Me gusta esta mujer.

Al día siguiente, la casualidad, unió por primera vez desde su estancia en Barcelona en la puerta del hotel, a Fernando y a Rocio.

—¡Rocio! ¡Usted por aquí!—dijo el muchacho con repentina alegría.

—¡Hola! ¿Qué tal?... ¡Cuánto me alegro!—respondió Rocio, ofreciéndole la mano, que él retuvo un momento entre las suyas.

—Bien, muy bien. ¿Quién iba a figurarse que la iba a encontrar a usted por Barcelona?—contestó el joven—. ¿Vive usted aquí?—y señaló hacia el hotel.

—Sí, aquí mismo.

—Yo también. ¿A que vivimos tabique por medio y hasta ahora no nos hemos dado cuenta?

Fernando y Rocio se habían conocido en París. Simpatizaron mucho, pero ella terminada su contrata en la ciudad luz, había marchado y Fernando perdió desde entonces su pista. Desconocía toda la vida de aquella mujer que tan atractiva le era y pasados algunos días, el recuerdo de la artista fué disluyéndose en su mente hasta que desapareció por completo.

Entraron en el hotel y Fernando, le preguntó:

—¿Se acuerda usted?... Se acuerda de cómo nos conocimos?

—¿Cómo voy a olvidarme?—contestó ella—Me acuerdo de todo... de todo... Era media noche... Usted cruzaba la plaza... Por la ventana oyó mi voz. Yo cantaba una sencilla copla valenciana...

Fernando la atajó y continuó recordando la entrevista, diciéndole:

—¡Qué copla! A gloria me sonó. Paré los pies en seco. No pude contenerme y grité: ¡Viva España! con toda mi alma. Usted se asomó a la ventana. Nos conocimos y a la mañana siguiente...

—... Le encontré en la estación con un ramo de violetas—siguió diciendo ella—. Yo

regresé a mi patria. Nos dimos las manos y hasta hoy... ¡Han pasado casi dos años! Me acuerdo.

—Y yo. Me dejó usted una estela de paz, de perfume inolvidable... Durante mucho tiempo trabajé con más ardor, con mayor fe.

—Yo también he recordado muchas veces aquel momento tan gracioso. Estaba entonces muy triste y su recuerdo, aunque fugaz me acompañó durante mucho tiempo... De modo que casi le debo a usted gratitud—terminó diciendo Rocio.

Se miraban dulmente, como si se sintieran heridos por un mismo sentimiento amoroso. Pero ninguno se atrevía a confesárselo. Junto a ella el pintor se olvidaba casi de la otra mujer, de la que era hermana de Rocio, sin él saberlo, hasta que la artista se despidió, diciéndole:

—Me marchó. ¿Vendrá usted esta noche al teatro? Le prometo cantar para usted la copla de París.

—Cuente usted conque no dejaré de ir ninguna noche mientras esté usted en Barcelona—prometió Fernando, saliendo del cuarto de la Dalbaicín.

III

En tanto, en la finca campestre del coronel Urbietta, éste decía a su fiel Fidel:

—Se acerca el aniversario de la señora. Como todos los años, Fidel, hemos de reunirnos para rezar por ella, pero esta vez nadie a de faltar... ¿Entiendes, Fidel? ¡Nadie!

Una profunda alegría inundó el alma del viejo criado al comprender lo que significaban las palabras de su señor y enjugó unas lágrimas que huían rápidas de sus ojos.

—¡Buen viejo!—le dijo el coronel emocionado por aquel llanto—. ¡No llores!... Y tú, que tanto la quieres, serás quien la traiga...

—¡Gracias, muchas gracias!—respondió el criado.

En Barcelona, Fernando Michelena retrasaba su vuelta a Valencia, deseoso de permanecer todo el tiempo posible al lado de Rocio, con la que se sentía ligado por peligrosas evocaciones románticas de París.

Era precisamente la función en honor de Rocio y el éxito había sido apoteósico. Regalos y flores llenaban el cuarto de la artista. Cuando ésta se reintegró a su camerino encontró ante la puerta a una docena de admiradores que venían a felicitarla.

—Un momento, señores—dijo ella sonriendo—. ¡Dejenustedes que me desnude!

Se encerró en su habitación para cambiar de traje y le dijo a su camarera:

—Vísteme de prisa, que quiero terminar pronto con toda esa gente.

Únicamente un gran esfuerzo le hacía soportable la amistad de todos aquellos admiradores. Prefería siempre la soledad.

Momentos después apareció ante la puerta y les dijo:

—Pasen ustedes.

Como una avalancha entraron todos y los vivas y hurras se sucedieron atronadores por unos segundos.

En medio de aquel barullo, Rocio distinguió medio oculto en un rincón a Fernanda y se acercó a él, diciéndole:

—¿No me dice usted nada?... ¿Ni un elogio?... La verdad, se ha desilusionado... le gustaba más en París, ¿no es cierto?

—¡Oh!—respondió él—. ¡Usted siempre es la misma... canta siempre maravillosamente!

Dos caballeros entraron en la habitación. Era Pepe-Luis Recalde y un íntimo amigo suyo. Aquél no había logrado vencer a la tentación y acudía a ver a la mujer que en otro tiempo le había pertenecido.

—Rocio—le dijo el amigo de Pepe—. Le presento a un admirador suyo: Pepe-Luis Recalde.

Al escuchar este nombre que evocaba en el alma de la muchacha tan dolorosos re-

cuerdos se volvió y vio ante ella la figura de Recalde.

—¡Tú!—murmuró. Y sin poder resistir la emoción cayó al suelo sin conocimiento.

El alma fría de Pepe-Luis, no pudo nunca creer que su presencia causara tal impresión en el ánimo de Rocio y Fernando, sin comprender, miraba desconcertado a Pepe-Luis y a Rocio que permanecía desvanecida.

El empresario y algunos amigos corrieron en auxilio de la artista, hasta lograr que volviera en sí, y aquél suplicó a todos los presentes:

—¡Dejémosla, señores... Esto no tiene importancia. La noche ha sido para "hacer" nervios y Rocio es una chiquilla sensible... Nada, no ha pasado nada. Los triunfos molestan más que los fracasos.

Y todos salieron, dejando a Rocio entregada al doloroso recuerdo del pasado que volía nuevamente a atormentarla.

Al día siguiente, Pepe-Luis escribió una carta a Rocio, que decía:

"Siquiera para condenarme te suplico me recibas... Quiero verte, quiero adorarte como antes, te pido que me recibas... A las once esta noche acudiré a Montjuich. Espérame junto al monumento de Manelic.

"Por última vez hablaremos.

"Pepe-Luis."

Rocio había aceptado ir a la cita para quitar toda esperanza de reconciliación al seductor de su honra. ¡No quería saber más de él!

Aquella noche a eso de las once, Rocio marchó a Montjuich.

—¿No deja la señorita que le acompañe?—le preguntó la doncella.

—¿Para qué? Voy a Montjuich. A las doce estaré aquí—respondió secamente.

Al verla llegar, Pepe-Luis adelantó unos pasos.

—¡Elisa!—dijo sollozante.

Ella le atajó, molestábale que le diera el nombre de sus días felices que ya no podían pertenecerle y le contestó:

—No me llames Elisa. De lo que fui, ni una palabra... Acabemos. ¿Qué quieres?... ¿Por qué me has escrito?

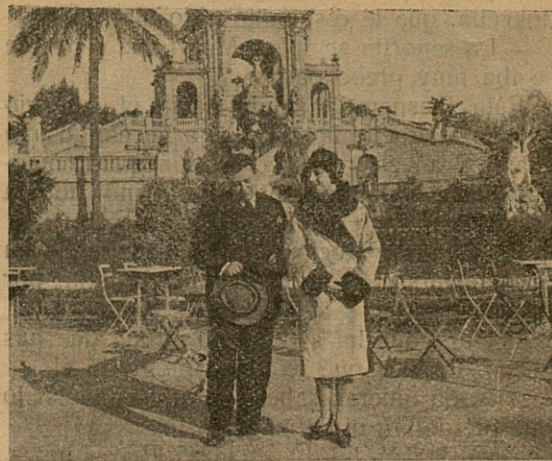
—He venido a justificarme, a pedirte perdón.

Una sonrisa desdeñosa se dibujó en los labios de la artista, y contestó:

—¿Para qué quieres explicarme? ¡Hasta el perdón sería inútil!

—No busco tu perdón—insistió él—. Busco mi vida que tienes tú y será la que tú quieras... ¡Te he vuelto a encontrar... y quiero reconquistarte... por que te amo!

—Entre los dos no hay ya cariño, sino una



Una sonrisa desdeñosa se dibujó en sus labios.

gran vergüenza y un gran dolor...—le respondió ella con desprecio.

—Elisa, apesar de todo, mi amor por ti no ha muerto...

—¿Hablas de amor?—le dijo ella temblando de ira—. ¡Y el que yo tuve destrozó mi casa, me dió esta vida errante y llena de lágrimas!... ¡Ya ves lo que hiciste!... ¡aunque no puedas olvidarme, vete!

Mientras ellos conversaban, en el hotel, Fernando con un imperioso deseo de volver a ver a la artista, preguntó por ella a la

doncella, que le respondió algo alarmada:

—La señorita se fué a Montjuich y parece se iba muy preocupada.

Esta inesperada salida hacia el solitario parque a aquella hora causó a Fernando una gran extrañeza y sin perder un segundo marchó hacia el lugar que le había indicado la criada.

Pepe-Luis y Rocio seguían discutiendo en una conversación inútil y aquéi insistía, por fiadamente:

—Dime que ha sido de tu vida... que has hecho después que te dejé—preguntó él.

—Nada quieras saber—le dijo ella—Ni lo que fué de mí, ni de mi hijo...

—¡Ah! ¡Un hijo!—exclamó Pepe-Luis—. ¡Un hijo! Entonces no se acabó todo. ¡Soy padre! ¡Necesito a mi hijo!

Y el sentimiento filial estalló feroz en él con la vibración de un cataclismo poderoso.

—Entonces podemos seguir viviendo juntos... casarnos... formar un hogar—. Y su alma se inundó de una probable esperanza.

—No, Pepe-Luis, no confíes—le dijo ella.—El hijo, si viviese, sería mío... solamente mío.

—¿No vive?—preguntó con miedo el padre.

—No, no vive... ¡Era, a pesar de todo, demasiada felicidad para mi pecado!

Pepe-Luis bajó la cabeza y sintió que otra

vez se hundían en lo imposible aquellos amores.

—¡Te juro, Elisa, que ahora que vuelvo a verte, que te veo de cerca, es cuando siento todo lo que te quería... lo que vuelvo a amarte.

Una carcajada estremeció la noche. Rocio reía histéricamente y le dijo:

—¿Qué quieres?... ¿A quién?... ¿A Elisa? ¿A Rocio?... ¿O quieres a mi dinero? Ya no puedes hacerme creer otra vez tus palabras. Ya sé que todo es mentira y preferiría morir antes que volver a vivir contigo. ¡Te odio, tanto como te quise!

—Piedad, te lo suplico—murmuró Pepe—. Toda mi voluntad está en recobrarte, en ternerte...

—¡No, nunca!—le rechazó ella.

Pepe-Luis había saltado sobre ella, y sus labios buscaban los de Elisa, que gritó desesperadamente:

—¡Auxilio!... ¡Auxilio!...

Allí cerca había descendido del automóvil Fernando Michelena, quien al escuchar las demandas de socorro acudió veloz a prestarlo. Vió a Rocio que luchaba con un hombre, el de la noche anterior, y ágil y decidido se lanzó sobre él, abofeteándolo.

Rocio dió un grito al reconocer a su Salvador, y exclamó:

—¿Usted?... ¿Es usted?

—Yo, sí. Yo que he venido a salvarla, porque sospechaba algo.

Pepe-Luis, apartado del grupo que formó Rocio con Fernando, permanecía silencioso, aturdido por la sorpresa, y la artista, cogiéndose del brazo de su salvador, le suplicó:

—Acompáñeme.

Fernando y Rocio marcharon silenciosos por las avenidas del parque, meditando, uno y otro, los acontecimientos que se habían sucedido en tan pocas horas. De pronto ella rompió el silencio para decirle:

—Yo le explicaré, Fernando...

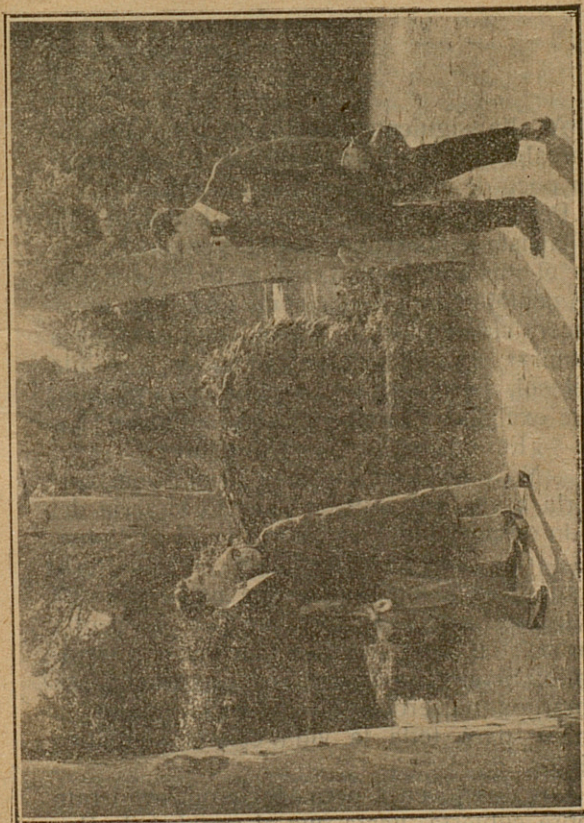
El la atajó, diciéndole:

—No quiero preguntarle nada. Sólo sé que esta noche, ahora mismo, me acuerdo de aquella otra noche de París...

—¡Pobre Fernando!—suspiró ella—. Si usted supiera... ¡Hoy no... hoy no puedo contarle!... ¡Mi vida es tan amarga! ¡Ya ha conocido usted uno de mis secretos! Nunca volveré a ser para usted aquella dulce amiga que cantaba en París... Ya no soy más que una pobre mujer... que tiene un triste pasado...

Llegaron al hotel y ella se despidió. Había terminado su contrato y pensaba descansar una temporada.

A Fernando le pareció indiscreto preguntarle dónde pensaba ir, pero resolvió saberlo.



— Yo he venido a salvarla, porque sospechaba algo.

y la besó apasionadamente. Ella no tuvo valor para esquivar la caricia y respondió al beso del joven.

En aquel momento entró en la salita un criado que traía un telegrama para Rocío y que decía:

“Fidel llegado a Barcelona. Quiere hablarle en nombre de su familia. La espera aquí.”

Levantóse rápidamente con los ojos inquietos.

—¡Mi padre!—gritó—. ¡Será mi padre! El está siempre delicado. ¡Virgen mía!, ¿qué ocurrirá? Este telegrama debe anunciar que mi padre ha muerto... ¡Muerto, sí! ¡No tengo derecho a la felicidad!...

—Pero Rocío, cálmese usted, por Dios... Trató de apaciguarla Fernando.

Todo fué inútil. Ella desesperada le dijo:

—¡Déjeme, Fernando, se lo ruego, se lo suplico! ¡No me siga! ¡Olvideme! ¡Yo también le amo y procuraré seguir mi calvario!

Y salió de allí mientras que Fernando se preguntaba con profundo dolor, a que podía obedecer aquella desesperación.

Rocío Balbaicín había regresado a Barcelona y la conversación con el viejo servidor Fidel trajo de nuevo la paz a su alma. Iba



— ¡Rocío! Santa

a marchar aquel mismo día, pero antes quiso escribir una carta de despedida a Fernando en la que le decía:

—Soy feliz, inmensamente feliz. Mi padre me perdona y usted debe olvidarme... yo no puedo ser suya... Adiós.

El pobre artista quedó abatido al leer esta carta y abandono Mallorca dispuesto a olvidar... a sufrir...

Cuando Elisa llegó al hogar paterno, se detuvo ante la verja y le dijo a Fidel:

—Espera tú... Sola me fuí y sola quiero volver.

Se arrodilló ante la verja y de pronto vió ante ella la figura del noble Urbietta.

Quedaron los dos mirándose un momento, sin atreverse a hablar, hasta que el viejo le tendió los brazos, diciéndole:

—¡Entra, hija mía! ¡Dios te traiga a esta casa!

—¡Padre! — gritó la muchacha en un arranque de amor filial, y se arrojó a los brazos que le tendía el coronel.

Pasaron unos días de maravillosa felicidad; pero notando que su hermanita no era todo lo alegre que siempre había sido. Este cambio llamó su atención, y un día le preguntó:

—¿Por qué estás triste, hermanita?

—Yo no estoy triste. Si no tengo nada— respondió Aurora.

Pero pensaba en Fernando, en el hombre que por extraño destino flotó, sin saberlo, alrededor de las dos.

Mírame, Aurora — continuó diciéndole Elisa—. Puedo saber ¿qué te tiene a punto de llorar?

—No... si no es nada — insistió la pequeña.

Pero Elisa con la intuición de las mujeres que han vivido mucho, comprendió todo y exclamó:

—¡Ya sufres, pobrecita! ¡Ya sabes sufrir!

Mientras tanto, Pepe Luis Recalde, que viera casualmente a la artosta en Barcelona acompañada de Fidel, sospechó que ésta había vuelto a su casa y allí marchó para intentar una reconciliación.

Cierta tarde, paseaba Elisa por el jardín de su casa, cuando vió a un hombre que asaltaba la reja. Lo reconoció con horror y le dijo:

—¿Tú? ¡En mi casa!

—He venido por ti — le dijo él —. Sin ti no me es posible vivir.

—¿No sabes que es inútil cuanto intentes? ¡Olvídame!

—¡No puedo! No quiero dejarte, hablaré, gritaré. Lo diré todo, todo antes que perder-te.

—¡Miserable! — contestó la muchacha—. Debiste hablar antes, mucho antes de tu infamia.

—Elisa, te juro que estoy arrepentido. Hablaré con tu padre. Le diré que estoy pronto a reparar mi falta.

—¿Quieres hablar con mi padre. Pues ahora mismo hablarás — gritó ella amenazadora. Y entrando en el interior del jardín llamó:

—Papá, papá.

—¿Qué ocurre, hija mía? — respondió el padre acudiendo al llamamiento. Y creyendo que se trataba de un ladrón descubrió por Elisa se dispuso a darle su merecido. Ella lo detuvo diciéndole:

—Déjale, papá. No es un ladrón. Nada viene a robar aquí. Nos lo robó ya todo. ¡Ese hombre fué mi amante!

—Salga usted de aquí inmediatamente— gritó el coronel.

Y Pepe Luis, convencido de que nada lograría, aun cuando su arrepentimiento era sincero, abandonó aquella casa, donde tan feliz podía haber sido.

Pasaron algunos días. Fernando volvió a Barcelona y el encuentro en el club con Pepe Luis dió por resultado un duelo entre los dos rivales, del que Recalde salió herido.

Terminado su asunto con Pepe Luis, Fernando decidió ir a Valencia para rogar al

señor Urbieta que lo dispensase de la palabra empeñada.

A la finca de éste había llegado la noticia de la herida de Pepe Luis, y el coronel, recordando las palabras de arrepentimiento del antiguo amante de su hija, le dijo:

—Elisa, para mí sería una alegría que pudieras legalizar tu situación. El está herido. Tú debes ir a Barcelona, y, si es como espero, cierto su arrepentimiento, debes perdonarle.

Ante las súplicas del padre, Elisa comprendió que debía sacrificarse, ahogar el otro amor de su corazón y satisfacer los deseos de aquel hombre bueno que también había sabido perdonarla a ella.

Cuando Fernando llegó a casa del coronel, éste le presentó a Elisa diciéndole:

—Aquí tiene a su cuñadita. Ha estado fuera una larga temporada y por eso no la conoce.

Uno y otro quedaron sin saber qué decirse, y Elisa, más fuerte, le suplicó a su padre:

—Papá, déjanos un momento a solas, te lo ruego. Quiero saber por qué este perillán ha hecho sufrir tanto a mi hermanita.

Cuando quedaron solos Fernando le explicó el motivo de su llegada; le suplicó nuevamente un poco de piedad para aquel amor que inundaba su alma. Todo fué inútil. Eli-

sa sabía sacrificarse por el bien de los demás, y al día siguiente volvió a Barcelona al lado del hombre que debía ser su marido, mientras que Aurora reía alegremente, por tener de nuevo al único hombre que había amado.

FIN

PROXIMO NUMERO

BAJO LA MASCARA DEL PLACER

La novela de mayor éxito de la actual
temporada, creación de la gran mima

GRETA GARBO

ACABAN DE PONERSE A LA VENTA

Verdadera interpretación de los sueños

Amena e interesantísima publicación
por el Doctor en Filosofía y Letras
Fernando G. Mantilla

Precio popular: 25 CENTIMOS

Nuevo Reglamento de Foot-Ball-1928

Manual Práctico del Aficionado
Redactado y comentado por el crítico
A. López-Marqués, Derby

Precio popular: 30 CENTIMOS

Pídalos hoy mismo remitiendo su importe en sellos de correo
y cinco céntimos para el certificado correspondiente, a

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona